

CEREMONIA DE ENTREGA CONDECORACIÓN AL MÉRITO AMANDA LABARCA

SALÓN DE HONOR

CASA CENTRAL

13 DE MARZO DE 2023

Estimadas autoridades, invitados especiales, Sra. Amanda Rosa Enriquez Labarca (nieta de Amanda Labarca), querida Nury González, amigas y amigos, muchas gracias por su presencia en esta ceremonia.

Es para mí un honor muy grande estar en este podio, recibiendo la distinción que lleva el nombre de la gran Amanda Labarca, y que han recibido anteriormente mujeres que admiro. La Universidad de Chile está llena de mujeres talentosas y comprometidas, con aportes muy significativos a su área del saber y al progreso del país. Por eso me parece tan extraordinario, estar recibiendo hoy esta distinción.

Mi camino ha sido largo, y en él me han acompañado amorosamente mi familia, sobre todo mis hijos, como también personas inspiradoras con las que compartimos historias que marcan una vida, como la defensa de la Universidad en dictadura, la creación del CIAE, el cambio de las pruebas de selección y del sistema de admisión.

No me cabe duda, que lo último, fue gravitante en que me otorgaran este premio. La PAES es más pertinente a la realidad del país y del sistema universitario, más justa, más democrática y de mayor calidad técnica. No es lo único que se premia, pero, como nos recuerda Claudio Ramos en su magnífico libro, el impacto de esto es muy grande:

“La prueba de selección, en cualquiera de sus variantes, involucra mucho más que un procedimiento administrativo. Incide en los destinos de la población, moldea a individuos – define sus expectativas y afecta sus autovaloraciones – y contribuye al modelamiento de la sociedad misma al influir en la distribución de los conocimientos y de las posiciones socialmente superiores. Impacta en la reproducción, movilidad y transformación social. Es, qué duda cabe, un significativo mecanismo de poder.”

Claudio Ramos Zincke (2023) El Dispositivo de Selección Universitaria: Mérito, ciencia y justicia social (Chile, 1850-2022)

Como es obvio, tamaña tarea (la de cambiar las pruebas nacionales de selección universitaria) no puede ser una obra individual y por lo tanto este premio le pertenece a mucha gente, que espero que lo celebre como propio. En primer lugar, al DEMRE, ese organismo que hace posible lo imposible, que jamás baja los brazos, con equipos de excelencia, liderados varios de ellos, por qué no decirlo, por mujeres. Agradezco y destaco a todo el DEMRE, no solo a aquellos que trabajaron directamente en las nuevas pruebas.

Esas nuevas pruebas experimentales no habrían tenido ninguna chance de convertirse en pruebas nacionales, si el DEMRE hubiera fallado en la aplicación de los procesos de selección regulares (con la PSU) que debían realizarse en paralelo, sin descanso, impecablemente.

¿Y si no hubiéramos contado con el apoyo del equipo de rectoría (Rector Vivaldi, Vicerrectora Académica Rosa Devés) para blindarnos en los conflictos que nuestras propuestas de cambio producían? Tampoco.

¿Y si no se promulgaba la Ley de Educación Superior con la nueva gobernanza del sistema? ¿Y si ese primer Subsecretario de Educación Superior (Juan Eduardo Vargas) y su equipo (encabezado por Mauricio Cornejo) no nos tomaban en serio?

Y fueron muchos más los que apoyaron, los que trabajaron por 6 años y tal vez más, para que el proceso de selección se realizara como se debe, incluso en el estallido social y en la pandemia, y también para que el desarrollo de las nuevas pruebas fuera exitoso.

Piensen ustedes que las nuevas pruebas requerían reducir drásticamente los temarios, los contenidos en base a los cuales se construirían las preguntas. Porque en la PSU se preguntaba todo el currículo prescrito y como ese era muy distinto del currículo implementado, para grandes sectores de la población, teníamos una prueba injusta (preguntábamos aquello que muchas y muchos no habían tenido la oportunidad de aprender) y los resultados estaban fuertemente contaminados por el azar, en la zona de los puntajes medios, donde se tomaban decisiones de admisión. Si nos preguntan algo que no sabemos y no nos van a castigar por una respuesta errónea, pues tratamos de adivinar, y si eso ocurre con muchas personas en una gran cantidad de preguntas, entonces, no se les puede creer mucho a esos puntajes.

Además, necesitábamos hacer espacio para preguntar “competencias” es decir, el saber y también el saber hacer, el saber aplicar los contenidos en distintos contextos.

Es muy delicado tocar el currículo escolar, que es para todos, no solo para quienes postulan a las universidades. Trabajamos codo a codo con los equipos de la Unidad de Currículo y Evaluación del Ministerio de Educación por años, para lograr esta reducción sin dañar el currículo. (Alejandra Arratia nos abrió la puerta, pero no alcanzamos a hacer mucho, por el cambio de gobierno. El trabajo intenso se realizó bajo la conducción de María Jesús Honorato e Isabel Baeza. Gracias a todas ellas y a sus equipos.

Y así, tantos otros desafíos técnicos para que las nuevas pruebas cumplieran con los estándares internacionales de evaluaciones educativas, que fueron exitosamente abordados con cientos de investigadores, expertos, profesores, estudiantes.

A eso se agregaba la necesidad de recuperar la legitimidad social que la PSU había perdido, con intensos diálogos técnicos, políticos y sociales. Y con una creciente transparencia.

Por otra parte, piensen en los desafíos logísticos de la aplicación de pruebas, en la que participan del orden de 26.000 personas en calidad de personal de aplicación), en cerca de 200 localidades, algunas extremas o de difícil acceso como la isla de Melinka, Puerto Williams (nuestra sede Cabo de Hornos), Juan Fernández, Villa O’Higgins, Putre, ...y ...siempre seguimos agregando más, acercando la prueba a las personas, democratizando el acceso territorialmente. Y también implementando

ajustes para la rendición de personas en situación de discapacidad o con necesidades educativas especiales, incluyendo aplicaciones en domicilios a personas electro dependientes y también en aulas hospitalarias. Mucho que agradecer a tantas y a tantos.

Amanda Labarca, gran trabajadora, creadora y gestora de la extensión universitaria en la Universidad de Chile, fue pionera en este espíritu de democratización territorial, llevando las Escuelas de Temporada de la Universidad (nacidas en Santiago en 1936) a las capitales de provincia. También en su activismo feminista, recorrió Chile y destacó los aportes más diversos de las mujeres en lugares como Osorno, Lota, Dalcahue y tantos otros.

Su profundo espíritu democrático por supuesto que no se reduce a esta dimensión. Conmueve su predilección por el aporte de Sarmiento. En el capítulo de su libro "Historia de la Enseñanza en Chile" (1939) dedicado a "Los Inspiradores", destaca su sintonía con el pensamiento profundamente democratizador de este educador. Describe sus empeños, sus luchas y lo cita extensamente desde su libro "De La Educación Común", y reproduce su dramático llamado a la "INSTRUCCIÓN PRIMARIA A TODOS; DADA POR TODOS".

En el DEMRE tenemos similares preocupaciones, actualizadas al Chile de hoy, en relación a la democratización de la educación superior.

Las pruebas de selección son indispensables para resolver el problema de una oferta de vacantes menor al número de postulantes. Pero esa no es la situación universal, ni siquiera es mayoritaria en nuestro sistema universitario, que es masivo. Es más, incluso en aquella menor proporción de carreras selectivas, en universidades selectivas, se necesitan políticas de inclusión, cuotas para poblaciones subrepresentadas.

Pero la equidad en el acceso puede ser una trampa, si no garantizamos que quienes ingresan, tengan posibilidades ciertas de concluir sus estudios.

Estamos desarrollando un proyecto para definir niveles de desempeño asociados a los puntajes de las PAES, descripciones cualitativas de lo que saben y son capaces de hacer quienes se ubican en determinados tramos de puntajes. Con esta información, las universidades - que mayoritariamente están creando y ampliando apoyos iniciales para sus estudiantes ingresados por diversas vías- podrán identificar a aquella población de postulantes con la cual pueden comprometerse a formarlos y graduarlos.

En otros proyectos, desarrollamos pruebas diagnósticas, para los estudiantes recién admitidos, por ejemplo, en instituciones de educación superior no universitarias (que no utilizan las PAES) o en carreras de pedagogía, donde esas pruebas están establecidas por ley.

En fin, nos motivan las evaluaciones que sirvan para enseñar, que provean información para formar a los evaluados.

La democratización de la educación superior, las políticas de cuotas y de inclusión, no tributan exclusivamente a la justicia social. Son medidas que aumentan la diversidad de nuestras aulas, enriquecen así nuestros espacios y la experiencia formativa de nuestros estudiantes. La evidente pérdida de cohesión social, que ha producido la escandalosa segregación de la educación escolar que tenemos en Chile, debemos abordarla con cuanta herramienta tengamos, y en la educación

superior tenemos algunas. Nuestro sistema centralizado de acceso universitario, el hecho de que las 45 principales universidades no seleccionen cada una a los suyos, ayuda en este sentido, aunque no es suficiente.

Apoyar la educación escolar pública, es una tarea impostergable, de todas y de todos. Es ahí donde se plasma nuestra identidad colectiva, el sentido de pertenencia a nuestro país y por consiguiente el compromiso con nuestro destino común.

En el libro de Claudio Ramos, una entrevistada dice que nadie nos encargó esas nuevas pruebas. Y es cierto. ¿Cómo es que esto ocurre? ¿Por qué trabajamos tanto en algo que nadie nos encargó?

Salomé Martínez, en su discurso al recibir esta misma distinción Amanda Labarca, aquí mismo, hace unos años, entregó una explicación, una clave. Ella agradeció su pertenencia a la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, donde “los problemas no tienen dueño”, lo que otorga un espacio de libertad para abordar aquello que más nos motive, pero también inmersos en una cultura de compromiso con el país, con la sociedad, con las políticas públicas (como en toda la Universidad de Chile). Esto permite que una mire una gama muy amplia de problemas complejos y de mucho impacto. Pero además esta Facultad es muy fuerte y exigente, así es que cuando una toma uno de esos problemas, sabe que tendrá que hacerlo con todo, al mejor nivel, con lo mejor de la academia (donde aquello se encuentre), con los mejores equipos, con los más amplios apoyos (que normalmente hay que conseguir afuera), movilizándolo y convenciendo, vinculándose con poderes y actores diversos. Con mucho trabajo, paciencia, empatía (para entender las barreras y los rechazos), con perseverancia y, sobre todo, con total **convicción**.

Así también fue como creamos el Centro de Investigación Avanzada en Educación (el CIAE), para el cual no existía ningún programa ni fondo concursable en Chile (ni en Corfo ni en Conicyt, ni en el Ministerio de Educación, ni en alguna Fundación. Nada).

Conicyt tenía un programa para financiar Centros de Excelencia, la que no había en investigación en educación y que justamente por eso se necesitaba. Hubo que recorrer un largo camino para convencer de que se debía abrir una nueva línea para invertir y desarrollar esa excelencia en investigación en educación.

Recién en el 2007 se abrió ese concurso que fue adjudicado en diciembre de ese año. Es decir, se pudo comenzar a trabajar con esos fondos, recién el año 2008.

La campaña de diseño de ese Centro, sin embargo, se había iniciado el año 2003, socializando la idea, consultando, convenciendo al interior de la U. Nuestro argumento era que, cuando la nutrición infantil era el mayor escollo para el desarrollo del país, la U de Chile creó el INTA, que realizando investigación al mejor nivel, creó los planes, los programas de políticas públicas, las cartillas para los consultorios, los protocolos para el control de los niños, la fórmula de la leche que se distribuía. Ahora, cuando el principal impedimento para nuestro desarrollo es la educación, la Universidad de Chile debe crear el INTA de la educación. (Eso exactamente es lo que hace el CIAE. Los invito a mirar las noticias en la página de la Universidad de Chile donde encontrarán las 9 recomendaciones para promover la equidad de género en las aulas, que entregan académicas, investigadoras del CIAE, basadas en sólidas investigaciones.)

El año 2006 logramos de la U un pequeño financiamiento para partir y una casa. Se contrató a un reducido equipo de investigadores (heroicos y con convicciones a prueba de nuestra precariedad) que generaba y se adjudicaba proyectos con financiamientos externos, organizaba seminarios y grandes congresos internacionales, investigaba, publicaba libros y artículos.

El año 2014, tras 7 años de trabajo intenso, cumplimos con el compromiso de desarrollar un Centro de Excelencia en educación, cuando el CIAE obtuvo por concurso el financiamiento para el primer Centro Basal en toda el área de las Ciencias Sociales.

Finalmente, en junio de 2017 se creó el Instituto de Investigación Avanzada en Educación, formalizando su estatus orgánico en la Universidad de Chile.

Les acabo de contar una historia que transcurre en **14 años**.

¿Cómo fue que llegamos a involucrarnos en tamaño desafío, al que nadie nos había convocado? Bueno, porque llevábamos tiempo trabajando en educación. Desde los años 90, apoyando la reforma del currículo escolar (icónica del retorno a la democracia), luego, el perfeccionamiento de los profesores, la formación inicial docente, la evaluación de los textos escolares, la creación de los estándares para la formación de los profesores, las pruebas INICIA que se aplicaban cerca del egreso de los programas de pedagogía, desarrollando proyectos de I&D en educación, organizando seminarios, congresos internacionales de gran nivel.

Es decir, apoyando la labor del Estado en educación, aprendiendo, conociendo la magnitud de los problemas, involucrándonos y generando propuestas.

Ese “nosotros” aquí es amplio; convocábamos a muchos investigadores de distintas facultades y de distintas universidades, que también producían iniciativas paralelas como lo fue ECBI en nuestra Facultad de Medicina y que sigue desarrollándose actualmente. El grupo de matemáticos que lideraba las actividades descritas, nos organizamos en un Área de Educación del Centro de Modelamiento Matemático (el CMM), que fue el germen del actual Laboratorio de Educación del CMM, liderado por Salomé Martínez, que realiza aportes muy relevantes, reconocidos a nivel internacional. También el programa ARPA, liderado por Patricio Felmer, se originó en ese contexto.

Y antes de eso, en los años 80, desarrollábamos también un intenso trabajo, que nadie nos había encargado, en la defensa de la Universidad y la Cultura, y de los derechos humanos en la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello, en la Asociación de Académicos, así como en una Comisión de Derechos Humanos, de la FCFM.

A la Andrés Bello nos convocaron Luis Izquierdo, biólogo, académico de la Facultad de Ciencias, y el insigne filósofo Jorge Millas. Sus participantes eran de una diversidad asombrosa en todo: en edades, en disciplinas, en instituciones de origen, había exonerados y académicos de distintas universidades, con visiones y posiciones políticas diversas. La Andrés Bello fue un lugar extraordinario de diálogos comprometidos y profundos, de creación de pensamiento, de resistencia cultural. Su última presidenta fue Rosa Devés.

Cuando el rector designado de la Universidad de Chile (un general de ejército, en ejercicio) exoneró al profesor Luis Izquierdo, 60 académicos de la FCFM firmamos una carta de denuncia y protesta,

exigiendo su restitución, que publicamos como inserción en El Mercurio (publicación que financiamos entre todos).

No es casualidad que fuera la FCFM donde se creara la Asociación de Académicos de la Universidad de Chile y se realizara la primera elección de la FECH, en dictadura.

La “república independiente de Beauchef” (como nos decían) fue valiente y resistente, pero nunca arriesgó la continuidad de la docencia, del trabajo académico y su característica exigencia. Toda su resistencia se basaba en la defensa y preservación de la Universidad, de su larga y costosa construcción, para el desarrollo de un Chile civilizado, que tarde o temprano retomarí su senda.

Una extraordinaria escuela de coherencia vital, sentido histórico y responsabilidad republicana.

Esta característica de Beauchef es permanente y se manifiesta en contextos muy distintos, en democracia tanto como en dictadura.

Les pido disculpas por alargarme y contarles algo que me parece ilustrativo. Aunque apreciarlo requiera de una comprensión de la época, que probablemente solo tengan quienes la vivieron.

En el Hall Sur (antes lo llamábamos Hall Central) de Beauchef hay una placa recordatoria de nuestras víctimas de la dictadura, que confeccionamos con la información contenida en el Informe Rettig, y que es “oficial”, es decir, fue aprobada por el Consejo de Facultad e inaugurada por el Decano en un acto multitudinario. Tiempo después, durante las obras de reparación del edificio dañado por el terremoto del 85, se perdió la placa y ad portas de la inauguración del renovado espacio, me llamaron del decanato para que les ayudara a reproducir la placa. Yo tenía todos los documentos, toda la información y los entregué en detalle. Pero no fueron necesarios, porque la placa original reapareció (había sido guardada por el Centro de Estudiantes de Ingeniería) y fue repuesta en su lugar a tiempo de la inauguración. Cuál sería mi sorpresa al comprobar que mi reproducción tenía un error en la firma. Yo escribí que firmaba “Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas” lo que era cierto, pero, más largo. En esa firma el Consejo de Facultad agregaba “Por Verdad y Justicia”. El origen de mi error, radicaba en que el presidente Aylwin, al entregar el informe Rettig, nos comunicó que se buscaría la Verdad pero la Justicia “sólo en la medida de lo posible”. (Necesidades de la transición, de la voluntad dominante de “reconciliación”). Y a continuación, por largo tiempo, todos, excepto las agrupaciones directamente afectadas, dejaron de pedir justicia. Pero la Facultad ignoró tal acomodo. Y yo, sólo pude haber olvidado ese hecho, esa maravillosa firma completa, porque no lo registré como un logro, como un extraordinario acto de resistencia, sino como algo natural. El tiempo mostraría cuánta razón tenía esa Facultad en su “natural” demanda.

Cuento todo esto para honrar una historia y sus innumerables actores. Un legado colectivo que nos honra y compromete.

Y, para mostrarles, que el premio que aquí recibo, es por algo que es producto de la Universidad de Chile, de su historia, de su misión encarnada en su comunidad, que es infinita, inagotable y perenne.

También para que se valore lo que hoy tenemos, sin lo cual es más difícil avanzar.

Los desafíos actuales no son menores que los relatados. Solo son distintos. Pero hay que saber que todo progreso requiere trabajo, paciencia, valores y convicciones profundas, porque los caminos pueden ser largos y pedregosos.

Eso, lo sabemos muy bien las mujeres. Si hoy somos visibles y algunas influyentes, es por una larguísima y dura lucha.

El progreso en esta materia (la de la situación de las mujeres, de nuestros derechos) es enorme, pero los desafíos actuales también. No solo falta mucho, sino que además hay amenazas ciertas de perder lo logrado, de retroceder.

Pero tenemos escuela. Son muchas las mujeres de hoy y de antes, como Amanda Labarca, las que marcaron rumbos, las que conquistaron espacios, las que observaron y estudiaron para entender mejor el problema de nuestra situación y así abordarlo con mejores herramientas, las que nos enseñan cada día, las que crean políticas y las que se manifiestan en la calle.

Celebro a todas mis amigas y compañeras que se organizan (especialmente a las Adelinas, de la FCFM) a quienes han creado direcciones de género y diversidad, en las Facultades y en la Universidad, que laboriosamente han implementado políticas específicas, con inteligencia y fuerza.

Quiero destacar también la política de cuidados y de formación en el respeto de los derechos humanos, que lentamente se instala en nuestra universidad. Hay algo pedagógico y amoroso en ello. Parten de un reconocimiento de lo que hemos hecho mal por años, de prácticas instaladas y naturalizadas, de las que somos parte; de nuestros sesgos implícitos, esas trampas en nuestro accionar automático, por la cultura en la que nos hemos desarrollado. Para luego entregarnos herramientas que nos permitan conscientemente controlarlos, y actuar tal como de verdad, todas y todos queremos ser, para reconocernos en nuestro común empeño de hacer juntos un país mejor.

Muchas gracias